

En el año de gracia de 1961 fue prohibida en España la publicación de **Al regreso del Boiras**, que yo había concebido como segunda novela de una trilogía encabezada por otra mía también prohibida, **Los vencidos**. Nada nuevo hay en estos hechos. Mi amigo y editor Carlos Barral no pudo publicar la una como no había podido publicar la otra.

En cuanto a **Los vencidos**, la novela tuvo suerte, quizás sin merecerla demasiado, apareció en versión italiana (**I vinti**, Feltrinelli, Milano 1962) y fue luego apareciendo en francés, holandés y otras varias lenguas. La versión española no se publicó, desde luego, hasta 1965 en la colección Ebro de las Editions de la Librairie du Globe, en París. Pero **Al regreso del Boiras** se perdió en los intrincados caminos del exilio literario. Yo no disponía en España de ninguna copia del manuscrito porque todas las había enviado en busca de la "libertad de imprenta", un concepto muy decimonónico, aunque exacto. La verdad es que tampoco me importaba grandemente no disponer de copias. En esa época éramos muchos los españoles que teníamos ciertas esperanzas en la pronta, si no fulminante, revolución.

En 1966, en una visita que hice a Escandinavia, recuperé una de las copias de manos de mi gran amigo el hispanista sueco K.J. Johansson quien a su vez la había recibido de otro amigo. A Johansson le gustaba la novela y con un prólogo que escribió para aquella ocasión enviamos el manuscrito a París. Pasaron muchos años y **Al regreso del Boiras** nunca se publicó allí.

Hasta 1973 y mediante una gestión amistosa de Andrés Sorel —otro escritor español también con algunas novelas prohibidas en España— a la sazón residente en la capital francesa como cualquier "moderlista" pero con menos dinero, no llegó de nuevo a mis manos una de las tan perdidas, viejas y olvidadas copias. Se habían casi borrado las palabras mecanogra-

Todos están durmiendo para siempre,
y tan de lo más bien, que por fin
mi caballo acaba fatigado por cabecear
a su vez, y entre sueños, a cada venia, dice
que está bien, que todo está muy bien.

César Vallejo

fiadas y el prólogo del amigo escandinavo resultaba una encendida muestra de homenaje a la causa democrática española, hoy pasada de moda. **Al regreso del Boiras** me pareció un incunable, un libro raro. Cuando lo leí no sabía de qué dolerme más, si de mi ingenuidad al pretender pasar por censura esa historia en la España de 1961, o si de mi amargura al comprobar que la novela tampoco sería autorizada en mi patria 12 años después. Quizás que la vitalidad proteja de la censura española debiera hacer meditar a más de un intelectual contemporáneo español o latinoamericano, pero no es de esperar que en las actuales circunstancias ningún pensamiento se produzca.

Sin grandes pretensiones, por lo tanto, he hecho algunos cambios en el original y he decidido publicar **Al regreso del Boiras** en Latinoamérica. No sé por qué debiera dejar de publicarla: en la solapa de alguno de mis libros aparece ese título como novela inédita, e incluso algunos de los estudiantes que escriben sus tesis doctorales sobre mis novelas (pienso por ejemplo en Sister Grace Pizzimenti autora de numerosas gestiones y búsquedas del manuscrito) me llaman preguntándome por **Al regreso del Boiras**.

En lo que respecta a las críticas ideológicas que se hacían a la primera versión inédita, prevalecía la siguiente: "tras la lectura de tu manuscrito, compañero, parece desprenderse que en España no cabe otra posibilidad que matar o morir, o permanecer escondido". Sigo creyendo que de la realidad española, y cabría añadir que de la realidad mundial, no parece desprenderse otra conclusión, aunque haya sin duda muchas maneras de matar, de morir o de estar escondido. Además... la realidad siempre será más compleja e inmensa que esa "cosa" que puede meterse entre dos pastas y que llamamos novela. De ahí precisamente que la novela sea también muy compleja e inmensa cosa. Todo el mundo lo sabe hoy. En nuestro tiempo el escritor comienza a ser menos ingenuo, cree que la novela es antes que nada literatura, una aventura de la imaginación y una experiencia de lectura abierta.

Que cada lector "deduzca" por tanto lo que sea capaz de deducir.

Noviembre 1973
A.F.

Pensó que quizás la muchacha no entendiera por qué él regresaba. "Sé que van a llamarme Boiras —como decir nieblas o calina— siempre llamaron con este apodo a toda la familia", sonrió. Sabía incluso cómo era este campo en el tiempo en que ya se anunciaba el otoño. Lo sabía no como un acto de la memoria, sino igual que se alcanza todavía en el aire una cosa que está cayendo, una cosa vieja a punto de romperse en el suelo. Y estaba convencido de que la salvación o merecía la pena de ser salvado —si es que existía la posibilidad de moverse él rápidamente y en mirar las colinas amarillentas en rastrojo, las aldeas de adobes o de lajas de piedra, los medioaventados restos de paja de trigo en las eras, y en la lejanía —entre las lomas— o tres saucos, unos tilos, matas de yezgos y las filas de álamos bordeando el río y la carretera. Pensó que algunos ni para ahorrarse siquiera valían, y se rió sin que la chica supiera el motivo. Ya se levantaba el viento casi frío de siempre y rastreaban la tierra los humos de los incendios de las rastrojeras. Se desgaban como masas de algodón desde la tierra.

Sonaban esquilas.

Decía esquilas y decía en voz alta nombres de árboles como si hubiera nacido sabiéndolos, y la chica le miraba extrañada. Notaba él el viento como vaciándose y cayendo desde la sierra, allí, sobre sus cabezas. Y caminaba más de prisa con la maleta en la mano desde el cruce de la carretera, al lado de la muchacha que tenía que apretar el paso para no quedarse atrás.

Sólo se habían tropezado con un hombre que conducía un carro tirado por bueyes de cuernas blancas y pinas. Sabía que el hombre era Sanaguto el beato, no porque lo recordara, sino por el sitio y el rumor especial del aire, un rumor que revivía ahora desde un largo sueño en el que los sonidos no existían o estaban mudos. Había allí una loma con dos saucos y una hilera de muñones de nogales recién talados, recién muertos. Sabía que fueron nogales, y que todavía unos hombres dirán: "para qué plantar nogales si no comerás las nueces", y que otros responderían: "ya las comerán tus nietos", y sabía que alguien maldeciría: "así se coma el gabarro a los que cortan los nogales", y recobraba la imagen del hombre del carro saludando a la chica, y ella diciendo: "Es mi tío" y quedándose unos pasos atrás, el pelo amarillo revuelto por el aire. Había tenido la chica que dar una carrera. "¿Boiras?" —había preguntado el hombre, cuando ya iban muy lejos. "Soy Gregorio, el menor" —había tenido que gritar contra el viento (aunque pensó que era una aclaración inútil, porque de los varones sólo quedaba él vivo) y había dejado que la chica le cogiera de la mano.

Hacia mucho rato que caminaban cogidos de la mano cuando vieron el pueblo. Así se sentía el contento, joven o casi sin edad. Llegaron a la primera calleja al mismo tiempo que los rebaños. Era la misma calle estrecha sin pavimentar, larguísima, con tapiales a los dos lados, que parecía llena desde siempre de ecos de rebaños. Sólo quedó él satisfecho cuando descubrió al final de la calle un par de casas de dos pisos que no recordaba —grandes y desconocidas— que sin duda habían sido levantadas después de que él se fuera: "Es el rebaño que pastorea mi padre" —dijo la chica—. Se quedaron pegados a la pared, dejando paso a los animales, y vieron venir a Minaino —igual que él lo había imaginado— con la cachava en la mano, renqueando detrás de la última oveja. Pero el pastor no reparó en ellos. Los animales se atropellaban para entrar por la angosta puerta del corral, pisando sobre un lecho de excremento triturado y seco —el chirle— que emanaba idéntico olor que hacía treinta años, mucho antes de que naciera la chica. Le gustó que ella

se riera, tener así la seguridad de que todo estaba caminando y de que a pesar de aquel frío que salía de dentro de él, estaba vivo. Seguramente que Minaino también la había oído reír detrás de la barba. "Belinde, ¿estás ahí? le oyó gritar, a la vez que ladraba el perro. Cuando pasaron se quedó Minaino tieso, con cara de estar esperando ese momento, moviendo nervioso la cachava en la mano y mirándole en la media luz. Se acercó Minaino mostrando la zamarra raída y toda cubierta de polvo, y se encogía tímido cuando se sentía abrazar. "Me alegro, eres mismamente como en la fotografía, te parecen a todos tus hermanos. La Gümer se va a alegrar de verte". La chica se había puesto a acariciar primero al perro, y, luego a las ovejas que entraban de prisa en la paridera y se quedaban quietas, rumiando sin parar, cada una en su sitio, con los ojos muertos. Iba él repitiendo en la memoria todavía el nombre de todas las cosas, como si las aprendiera por primera vez, mientras miraba a la chica. De verdad sólo le daba miedo volver a ver a su hermana, descubrir cómo sería su hermana después de tantos años de separación en los que nada más había recibido de tarde en tarde alguna carta. Al pensarlo le parecía volver a una tierra baldía, consumida hacía tiempo en el recuerdo.

Salieron del corral cuando estaba cerrando la noche. Había una bombilla desnuda que apenas daba luz a la parte descubierta y a la puerta de entrada. A veces temblaba como una vela y quebraba sus sombras, las sombras de ellos tres. En la calleja casi caminaron a tientas hasta que llegaron al trecho donde estaban las casas nuevas. Iban sin hablar. "Por el otro lado está más cambiado el pueblo, pero muchas familias viejas se han ido, y lo peor son las aldeas chicas, ahí todo el mundo se va", dijo Minaino al pasar por la luz, delante de los escaparates de un comercio donde había telas de colores y un maniquí de mujer con peluca rubia, vistiendo un traje blanco de novia. En seguida salieron a una calle otra vez con tapias de corrales, y al campo. Por aquella parte no se veía luz eléctrica ninguna. Todavía no había salido la luna, sólo algún lucero perdido en el cielo negro, y por entre los tapiales surgía el campo, las manchas —cerca y a lo lejos— de los escasos árboles y las crestas de la

sierra. A ratos se creía él sumergido en la presencia de la tierra y del pueblo del pasado, como si estuviera regresando a casa una noche de otoño, tal vez un día de feria o un domingo cuando se acercaba la hora de la cena. En el trecho que fueron sin hablar intentó despegarse de aquella sensación deprimente escuchando los pasos de la chica, que venía detrás, pensando de nuevo que ella ni siquiera había nacido entonces. Sentía frío dentro de los huesos. "Cuando sopla el Norte es el mejor tiempo para hacer el queso" —dijo bromeando, por escuchar su propia voz—. "¿Estarás aquí este invierno?" "No sé aún lo que haré" —dijo él—. Luego se atrevió a preguntarle: "¿A mi padre y a mis hermanos se los llevaron a Briviesca?" "¿Qué?" —quedó suspenso un instante el pastor—. "Sí, cuando los detuvieron". "No, fue aquí, no sé bien dónde. Decían que por el Royoluengo. También a los míos, a los de Briviesca, creo que los trajeron aquí. Todos están por este campo".

Antes de llegar al caserío había una cuesta con un carril empedrado, y otros dos postes con bombillas eléctricas. Más adelante cruzaron un pretil sobre un campo hondo. Se veía chispear un brillo de agua: unas huertas y un haz de chopos o de álamos. Belinde se adelantó corriendo. Quedaba la casa un poco en alto, más lejos de lo que él la recordaba. Las fachadas laterales y la parte trasera daban a un pastizal que parecía agostado y con hierbajos crecidos, pero delante de la casa se abría un amplio espacio limpio, empedrado desde siempre con guijarros blancos. Aparecían iluminados los dos pisos de la casa: el de abajo de piedra y el de arriba de adobe. Gúmer debía de haber mucho tiempo —como una eternidad— que estaba esperándoles. Debía de verles llegar hacía rato, y salió a recibirlos a la puerta. Estaba muy aviejada, encorvada de espaldas. Lo descubrió él nada más verla, y vio los mismos ojos claros y verdosos de la chica, pero apagados y huidizos, perdidos entre las facciones duras y secas y el gesto hosco. El se dio cuenta entonces de que también sabía mucho de ella —como de todo el pueblo— como si no hubiera faltado nunca de allí y tal vez sólo hubiera permanecido escondido en las buhardillas o en alguna parte. Sabía desde antes de

llegar lo que había dentro de su hermana, que ella había pasado los mismos años —tan largos y repetidos que ya parecían no existir— que él conociera. Y sabía que las manos de Gúmer se habían crispado solas e impotentes mil veces. Al abrazarla se dio cuenta de que ella —su cuerpo y sus manos— estaban muy solos, separados de todos, hasta de su hija y de Minaino.

—¿No os habéis encontrado con nadie del pueblo?

—Cuando subíamos por la cuesta de los nogales nos hemos cruzado con uno que creo que era Sanaguto.

Belinde le miró extrañada, preguntándole con los ojos que cómo le había reconocido.

—Ahora tienen dos hijos ya mozos, pero todo ha cambiado poco aquí. Suponte, el mismo Turdo de cuando tú estabas y el mismo Sanaguto más viejo, y ahora Mediabota de alcalde, con su pobre mujer y con otra criada, claro, pero el mismo que viste y calza. Lo único que cambia es el tiempo y los jóvenes que se van porque dicen que hay tierras donde todo es color de rosa.

Vio gente agitando pañuelos igual que en una plaza de toros cuando piden el rabo o las orejas. Y caían soldados en paracaídas, soldados con ramos de rosas. Caían lentos como si nevara inevitablemente en un sueño que no tenía localización posible en el tiempo, mientras él se incorporaba como un niño ahogándose, sudoroso por la fiebre, o como un muchacho, o como si estuviera aún en la cama de la cárcel, sollozando y perdido. Miraba él las vigas del techo, la celosía de vigas, y de pronto pensó que, de golpe, había pasado mucho tiempo. Años y años. Seguro que aquel cuarto era el de la chica, porque todavía se veían vestidos de ella asomando a la puerta del armario con espejos entornados que recogían una extraña claridad. Belinde preguntándole con los ojos que cómo había reconocido a Sanaguto. Pensó detenidamente en Sanaguto que iba con los bueyes de cuernas blancas y pinas, como en una estampa bíblica arrancada de un libro. Le dio risa pensarlo. Necesitaba reírse. Había llegado Sanaguto a su casa, se había sentado a la mesa y

Esta obra ha sido publicada con la ayuda
de la Dirección General del Libro,
Archivos y Bibliotecas del Ministerio de
Educación, Cultura y Deporte.

Ilustraciones: *Campesino a caballo* (1958), de Luis Seoane
Diseño de la colección: Eugenio González

© Antonio Ferres
© Trama editorial, 2002
Apartado postal 10.605
28080 Madrid
Tel/Fax: 91 573 80 48
trama@informet.es
www.tramaeditorial.es

ISBN: 84-89239-29-0
Depósito legal: M-21307-2002

Impreso en España
Realización gráfica: Carácter, S.A.

Índice

YA EN EL SIGLO XXI	7
BREVE HISTORIA DE UN MANUSCRITO	9

CAPÍTULO 1	15
CAPÍTULO 2	31
CAPÍTULO 3	53
CAPÍTULO 4	69
CAPÍTULO 5	85
CAPÍTULO 6	105
CAPÍTULO 7	120
CAPÍTULO 8	123
CAPÍTULO 9	141
CAPÍTULO 10	155

NOTA BIO-BIBLIOGRÁFICA	165
------------------------	-----

YA EN EL SIGLO XXI

Es para mí motivo de regocijo que mi novela *Al regreso del Boiras* vaya a ser publicada en España este año. He pedido a los editores que conserven mi breve prólogo a la edición venezolana fechado en noviembre de 1973. Quiero así dejar claro que en esas fechas la novela no podía todavía ser publicada en nuestro país, pese a que ya en tal época se editaron atrevidas novelas latinoamericanas en las que, claro está, no se trataba el tema de la represión franquista o de la gente que aún tenía que permanecer escondida.

Desde el punto de vista literario también es mi deseo que, al leer el viejo prólogo, se sepa lo que yo opinaba entonces del realismo crítico: la novela podía llegar a ser, incluso, una *aventura de la imaginación y una experiencia de lectura abierta*. Cada lector, pues, estaba en libertad para aportar algo, como también habría de tratar de cambiar la injusta y opresiva sociedad reflejada en *Al regreso del Boiras*. ¿Había que matar al Turdo, el criminal alcalde? ¿Había que esconderse? ¿Esconderse de nuevo, como hace el Boiras al final de la novela? ¿Qué podíamos hacer? No estaban lejos las preguntas que iban a plantearse al final del franquismo: ¿Transición o ruptura? ¿En qué iba a quedar el cambio de régimen?... Mirando desde más lejos, la posibilidad de que sean juzgados los gobernantes que cometieron crímenes en las dictaduras es una constante en las llamadas democracias del siglo XX. Cuando en España se habla de Pinochet o de otros dictadores, no podemos evitar un escalofrío si recordamos los crímenes impunes del franquismo. También está todo esto en *Al regreso del Boiras*.

BREVE HISTORIA DE UN MANUSCRITO

La novela había sido prohibida el año 1961. Y cuando presenté el manuscrito a las autoridades no era yo tan ingenuo como para pensar que entonces podía atravesar la muralla de la censura. En la visita que un grupo de escritores —recuerdo a José Luis Aranguren, a Angel Crespo, a García Hortelano, a López Salinas, creo que a Sastre y a algún otro— hicimos a Robles Piquer, director general y cuñado del ministro Fraga, crucé con el director unas pocas palabras sobre mi manuscrito *Al regreso del Boiras* y me dijo que no podía entender cómo se me había ocurrido escribir tal cosa, y yo —cobardemente— le respondí que la novela era consecuencia de la prohibición por Arias Salgado —su antecesor en el cargo— de mi anterior libro *Los vencidos*. Así eran entonces las cosas. No volví a visitar a ningún otro funcionario, y sobre todo después del fusilamiento de Julián Grimau perdí toda esperanza de que pudiera liberalizarse aquella España, como habíamos llegado a creer algunos intelectuales.

Sobre la presente edición en Trama editorial, quiero sobre todo agradecer a Teresa Ortuño el inteligente trabajo que ha realizado en la corrección del texto de la edición venezolana. Es Teresa joven, y se ha situado en la posición que debía, la de alguien que se tropieza con un libro o manuscrito de otra época, de una sociedad rural, inclemente e injusta a punto de ser olvidada. La edición de Teresa Ortuño me parece muy apropiada para una mejor comprensión de la novela.

Madrid, octubre de 2001

En el año de gracia de 1961 fue prohibida en España la publicación de *Al regreso del Boiras*, que yo había concebido como segunda novela de una trilogía encabezada por otra mía también prohibida, *Los vencidos*. Nada nuevo hay en estos hechos. Mi amigo y editor Carlos Barral no pudo publicar la una como no había podido publicar la otra.

En cuanto a *Los vencidos*, la novela tuvo suerte, quizás sin merecerla demasiado; apareció en versión italiana (*I vinti*, Feltrinelli, Milano 1962) y fue luego traducida al francés, holandés y otras varias lenguas. La versión española no se publicó, desde luego, hasta 1965 en la colección Ebro de las Editions de la Librairie du Globe, en París. Pero *Al regreso del Boiras* se perdió en los intrincados caminos del exilio literario. Yo no disponía en España de ninguna copia del manuscrito porque todas las había enviado en busca de la «libertad de imprenta», un concepto muy decimonónico, aunque exacto. La verdad es que tampoco me importaba gran cosa no disponer de copias. En esa época éramos muchos los españoles que teníamos ciertas esperanzas en la pronta, si no fulminante, revolución.

En 1966, en una visita que hice a Escandinavia, recuperé una de las copias de manos de mi gran amigo el hispanista sueco K.J. Johansson, quien a su vez la había recibido de otro amigo. A Johansson le gustaba la novela y, con un prólogo que escribió para aquella ocasión, enviamos el manuscrito a París. Pasaron muchos años y *Al regreso del Boiras* nunca se llegó a publicar.

Hasta 1973, y mediante una gestión amistosa de Andrés Sorel —otro escritor español también con algunas novelas

Capítulo 1

Pensó que quizás la muchacha no entendería por qué él regresa. «Sé que van a llamarme Boiras —como decir nieblas o calina—, siempre llamaron con este apodo a toda la familia», sonrió. Sabía incluso cómo era este campo en el tiempo en que ya se anunciaba el otoño. Lo sabía no como un acto de la memoria, sino igual que se alcanza todavía en el aire una cosa que está cayendo, una cosa vieja a punto de romperse en el suelo. Y estaba convencido de que la salvación de todo aquello —si es que existía la posibilidad o merecía la pena de ser salvado— consistía en moverse rápidamente y mirar las colinas amarillentas en rastrojo, las aldeas de adobes o de lajas de piedra, los medio-aventados restos de paja de trigo en las eras, y en la lejanía —entre las lomas— unos desperdigados árboles: nogales o castaños, dos o tres saúcos, unos tilos, matas de yezgos y las filas de álamos bordeando el río y la carretera. Pensó que algunos ni para ahorcarse siquiera valían, y se rió sin que la muchacha supiera el motivo. Ya se levantaba el viento casi frío de siempre y rastreaban la tierra los humos de los incendios de las rastrojeras. Se despegaban como masas de algodón desde la tierra.

Sonaban esquilas.

Decía esquilas y decía en voz alta nombres de árboles como si hubiera nacido sabiéndolos, y la muchacha le miraba extrañada. Notaba él —Boiras— el viento como vaciándose y cayendo desde la sierra, allí, sobre sus cabezas. Y caminaba más deprisa con la mala ta en la mano desde el cruce de la carretera, al lado de la muchacha, que tenía que apretar el paso para no quedarse atrás. Sólo se habían tropezado con un hombre que conducía un carro tirado por bueyes de cuernas blancas y pinas. Sabía que el hombre era

A Antonio Navas Jiménez

*Todos están durmiendo para siempre,
y tan de lo más bien, que por fin
mi caballo acaba fatigado por cabecear
a su vez, y entre sueños, a cada venia, dice
que está bien, que todo está muy bien.*

César Vallejo

Sanaguro el beato, no porque lo recordara, sino por el lugar y el rumor especial del aire, un rumor que revivía ahora desde un largo sueño en el que los sonidos no existían o estaban mudos. Había allí una loma con dos saúcos y una hilera de muñones de nogales recién talados, recién muertos. Sabía que fueron nogales, y que todavía unos hombres dirían: «Para qué plantar nogales si no comerás las nueces». Y que otros responderían: «Ya las comerán tus nietos». Y sabía que alguien maldeciría: «Así se coma el gabarro a los que cortan los nogales». Y recobraba la imagen del hombre del carro saludando a la muchacha, y ella diciendo: «Es mi tío», y quedándose unos pasos atrás, el pelo amarillo revuelto por el aire. Había tenido que dar una carrera. «¿Boiras?», preguntó el hombre, cuando ya iban muy lejos. «Soy Gregorio, el menor», tuvo que gritar contra el viento (aunque pensó que era una aclaración inútil, porque de los varones sólo quedaba él vivo) y dejó que la muchacha le cogiera de la mano.

Hacía mucho rato que caminaban así cuando vieron el pueblo. Se sentía el contento, joven y casi sin edad. Llegaron a la primera calleja al mismo tiempo que los rebaños. Era la misma calle estrecha sin pavimentar, larguísima, con tapias a los dos lados, que parecía llena desde siempre de ecos de rebaños. Sólo quedó satisfecho cuando descubrió al final de la calle un par de casas de dos pisos que no recordaba —grandes y desconocidas— que sin duda habían sido levantadas después de que se fuera: «Es el rebaño que pastorea mi padre», dijo la muchacha. Se quedaron pegados a la pared, dejando paso a los animales, y vieron venir a Minaino —igual que él lo había imaginado— con la cachava en la mano, renqueando detrás de la última oveja. Pero el pastor no reparó en ellos. Los animales se atropellaban para entrar por la angosta puerta del corral, pisando sobre un lecho de excremento triturado y seco —el chirle— que emanaba idéntico olor que hacía treinta años, muchos antes de que naciera la muchacha. Le gustó que ella se riera, tener así la seguridad de que todo estaba cam-

biando y de que a pesar de aquel frío que salía de dentro de él, estaba vivo. Seguramente que Minaino también la había oído reír detrás de la barba. «Belinda, ¿estás ahí?», le oyó gritar, a la vez que ladraba el perro. Cuando pasaron se quedó Minaino tieso, con cara de estar esperando ese momento, moviendo nervioso la cachava en la mano y mirándole en la media luz. Se acercó Minaino mostrando la zamarra raída y toda cubierta de polvo, y se encogía tímido cuando se sentía abrazar. «Me alegro, eres miserablemente como en la fotografía, te pareces a todos tus hermanos. La Gúmer se va a alegrar de verte». La muchacha se había puesto a acariciar primero al perro y luego a las ovejas que entraban deprisa en la paridera y se quedaban quietas, rumiando sin parar, cada una en su sitio, con los ojos muertos. Iba él —Boiras— repitiendo en la memoria todavía el nombre de todas las cosas, como si las aprendiera por primera vez, mientras miraba a la muchacha. De verdad sólo le daba miedo volver a ver a su hermana, descubrir cómo sería después de tantos años de separación en los que nada más había recibido de tarde en tarde alguna carta. Al pensarlo le parecía volver a una tierra baldía, consumida hacía tiempo en el recuerdo.

Salieron del corral cuando estaba cerrando la noche. Había una bombilla desnuda que apenas daba luz a la parte descubierta y a la puerta de entrada. A veces temblaba como una vela y quebraba sus sombras, las sombras de ellos tres. En la calleja casi caminaron a tientas hasta que llegaron al trecho donde estaban las casas nuevas. Iban sin hablar. «Por el otro lado está más cambiado el pueblo, pero muchas familias viejas se han ido, y lo peor son las aldeas chicas, ahí todo el mundo se va», dijo Minaino al pasar por la luz, delante de los escaparates de un comercio donde había telas de colores y un maniquí de mujer con peluca rubia, vistiendo un traje blanco de novia. En seguida salieron a una calle otra vez con tapias de corrales, y al campo. Por aquella parte no se veía luz eléctrica

ninguna. Todavía no había salido la luna, sólo algún lucero perdido en el cielo negro, y por entre los tapiales surgía el campo, las manchas —cerca y a lo lejos— de los escasos árboles y las crestas de la sierra. A ratos se creía él sumergido en la presencia de la tierra y del pueblo del pasado, como si estuviera regresando a casa una noche de otoño, tal vez un día de feria o un domingo cuando se acercaba la hora de la cena. En el trecho que fueron sin hablar intentó despegarse de aquella sensación deprimente escuchando los pasos de Belinda, que venía detrás, pensando de nuevo que ella ni siquiera había nacido entonces. Sentía frío dentro de los huesos.

—Cuando sopla el Norte es el mejor tiempo para hacer el queso —dijo bromeando, por escuchar su propia voz.

—¿Estarás aquí este invierno? —dijo el pastor.

—No sé aún lo que haré —dijo él, y se atrevió a preguntarle: —¿A mi padre y a mis hermanos se los llevaron a Briviesca?

—¿Qué? —quedó suspenso un instante el pastor.

—Sí, cuando los detuvieron.

—No, fue aquí, no sé bien dónde. Decían que por el Royoluengo. También a los míos, a los de Briviesca, creo que los trajeron aquí. Todos están por este campo.

Antes de llegar al caserío había una cuesta con un carril empedrado, y otros dos postes con bombillas eléctricas. Más adelante cruzaron un pretil sobre un campo hondo. Se veía chispear un brillo de agua: unas huertas y un haz de chopos o de álamos. Belinda se adelantó corriendo. Quedaba la casa un poco en alto, más lejos de lo que él la recordaba. Las fachadas laterales y la parte trasera daban a un pastizal que parecía agostado y con hierbajos crecidos, pero delante de la casa se abría un amplio espacio limpio, empedrado desde siempre con guijarros blancos. Aparecían iluminados los dos pisos de la casa: el de abajo de piedra y el de arriba de adobe. Debía de hacer mucho tiempo —como una eternidad— que Gúmer estaba esperándoles. Debía

de verles llegar hacía rato, y salió a recibirles a la puerta. Estaba muy aviejada, encorvada de espaldas. Lo descubrió nada más verla, y vio los mismos ojos claros y verdosos de la muchacha, pero apagados y huidizos, perdidos entre las facciones duras y secas, y el gesto hosco. Se dio cuenta entonces de que también sabía mucho de ella —como de todo el pueblo—, como si no hubiera faltado nunca de allí y tal vez sólo hubiera permanecido escondido en la buhardilla o en alguna otra parte. Sabía desde antes de llegar lo que había dentro de su hermana, que ella había pasado los mismos años —tan largos y repetidos que ya parecían no existir— que él conociera. Y sabía que las manos de Gúmer se habían crispado solas e impotentes mil veces. Al abrazarla se dio cuenta de que ella, su cuerpo y sus manos, estaban muy solos, separados de todos, hasta de su hija y de Minaino.

—¿No os habéis encontrado con nadie del pueblo?

—Cuando subíamos por la cuesta de los nogales nos hemos cruzado con uno que creo que era Sanaguto —dijo él.

Belinda le miró extrañada, preguntándole con los ojos que cómo le había reconocido.

—Ahora tienen dos hijos ya mozos, pero todo ha cambiado poco aquí. Suponte, el mismo Turdo de cuando tú estabas y el mismo Sanaguto más viejo, y ahora Mediabota de alcalde, con su pobre mujer y con otra criada, claro, pero el mismo que viste y calza. Lo único que cambia es el tiempo y los jóvenes que se van porque dicen que hay tierras donde todo es color de rosa.

Vio gente agitando pañuelos igual que en una plaza de toros cuando piden el rabo o las orejas. Y caían soldados en paracaidas, soldados con ramos de rosas. Caían lentos como si nevara inevitablemente en un sueño que no tenía localización posible en el tiempo, mientras él se incorporaba como un niño ahogándose, sudoroso por la fiebre, o como un muchacho, o como si estuviera aún en la cama de la cárcel, sollozando y perdido. Miraba él las vigas del techo, la celosía de vigas, y de pronto

pensó que, de golpe, había pasado mucho tiempo. Años y años. Seguro que aquel cuarto era el de la muchacha, porque todavía se veían vestidos de ella asomando a la puerta del armario con espejos entornados que recogían una extraña claridad. Belinda preguntándole con los ojos que cómo había reconocido a Sanaguto. Pensó detenidamente en Sanaguto que iba con los bueyes de cuernas blancas y pinas, como en una estampa bíblica arrancada de un libro. Le dio risa pensarlo. Necesitaba reírse.

Había llegado Sanaguto a su casa, se había sentado a la mesa y había hecho una cruz con la punta del cuchillo en el pan redondo, antes de partirlo. Había cortado cuatro trozos iguales, casi exactos. Era una mesa alargada, de madero de roble. Enfrente estaba la mujer, todavía de pie, y en los laterales los dos muchachos. Había dicho Sanaguto: «¿Sabéis quién ha venido? Gregorio el Boiras». La mujer de seguro que se habría sobresaltado, habría clavado los ojos en su marido. «¿Qué que-rrá ése por aquí?». Imaginó él cómo habría sido toda la escena. Sanaguto llevándose la cuchara a la boca soplando y sorbiendo a cada cucharada, pellizcando a trozos grandes el pan y limpiándose la boca con el revés de la mano. «¿Quién es Gregorio el Boiras?», le habría preguntado uno de sus hijos. Los imaginó de la edad de Belinda o poco mayores, preguntando aquello sin darle la menor importancia, como si el encuentro de su padre hubiera sido un acontecimiento cualquiera. «¿Qué le pasó al padre de ese Boiras?». Seguro que Sanaguto se habría limitado a responder que fue uno de los que mataron, puede que hasta le dijera que mataron a todos los varones de la familia cuando empezó el Movimiento. Pero quedaría en el aire una sensación fría. A Gregorio le gustaba imaginar que alguno de los hijos le habría preguntado: «¿Quiénes fueron?». La escena se le representaba entonces con más claridad.

Sanaguto seguía sorbiendo la sopa, sin responder a la pregunta. La mujer se había sentado frente a su marido y también

comía en silencio. «Eh, ¿quiénes fueron los que los mataron, madre?». Y ella callaba todavía, como sorda. Por fin Sanaguto dejaba la cuchara sobre el plato, sin levantar los ojos. «Fueron varios: Mediabota el que ahora es alcalde, el Turdo y otros. Es que había venido gente de Burgos a pincharles, y todo el mundo estaba... hasta yo tuve que meterme en la cama y decir que me había puesto malo para no ir». Sanaguto incapaz de mentir, hasta hablando con calma, pero sin atreverse a mirar a su hijo abiertamente. «Los Boiras todos eran muy secretos y descreídos», decía la mujer. Vestía igual que entonces, como si no hubiesen transcurrido los años, un sayal negro como de monja, que le colgaba por la parte de atrás. Se levantaba ella y se quedaba pegado al fogón, sobre el que ahora estaba la cocina de gas butano, junto a la campana negra, oscura, de la chimenea. Se oía a la mujer rezongar en la cocina. Sanaguto terminaba de comer sin levantar los ojos del plato. Se habría puesto a pensar en una lejanísima noche, repetida siempre, cuando, con luna llena (una luna enorme, casi encima, rozándolo todo) y una quieta claridad en el campo, había oído tiros por el lado del Royoluengo.

Veía él -Boiras- a la Sanaguta: grandes ojos saltones y el vientre aprisionado en el sayal negro. La mujer a punto de dar a luz su primer hijo, sintiendo antojos desde el segundo mes de embarazo. Diciendo, por ejemplo: «Quiero ciruelas frescas». Y Sanaguto: «No es ahora temporada, ya lo sabes tú». Y todavía ella: «Es lo que más me apetece en este mundo, ciruelas frescas agrias». Sanaguto con su santa puñetera paciencia. Imaginaba que Sanaguto se ponía a rezar para llamar la paciencia. Porque seguramente nunca había llegado a saber Sanaguto cuál era la vida de su mujer, cómo era por dentro la vida de su mujer.

Veía él pasar a la prima de la Sanaguta, corriendo. La veía ahora parada en medio del campo, resbalando la mirada de él sobre el cuerpo duro redondeado, cayendo la mirada de él y